

Evangelio nos dice, que nuestro Señor Jesucristo fué invitado á un banquete. El manso Jesús entra en la sala del festin. A El pertenecía el lugar mas distinguido, pero otro lo habia ocupado; y el Señor aprovechó esta circunstancia, y como Hijo de Dios que era, tenía derecho de hacerlo, para darnos á todos este documento. Cuando fueres invitado, dijo, no te pongas en el primer lugar; aguarda á que te llame á él el dueño de la casa, pónete siempre en el último sitio. Te verías cubierto de vergüenza, si te mandaban bajar, mientras que tendrías gloria, si te hiciesen subir. Porque os digo en verdad, el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado. O Maestro divino, Hijo de Dios, bajado del cielo, no sólo para salvarnos, sino tambien para instruirnos, ¿ qué quereis decir con eso? — Que los unos no debeis preferiros á los otros, que el orgullo y vanidad encierran siempre con respecto al prójimo sentimientos mas ó menos velados de desprecio; sentimientos, que suelen destruir la union y concordia y esta hermosa virtud de la caridad para con los hermanos.

PERORACION. — Voy á terminar, hermanos carísimos, con un hecho histórico. El bienaventurado evangelista S. Juan había llegado á los últimos límites de la vejez. Sus discípulos le llevaban con pena entre sus brazos á las reuniones de los fieles en Efeso. Hallándose imposibilitado el santo, á causa de su avanzada edad, para pronunciar largos discursos, en cada una de dichas reuniones repetía siempre estas palabras: « Hijitos míos, amaos los unos á los otros... » Cansados, en fin, los discípulos y hermanos de oírle siempre la misma cosa, le dijeron: Maestro ¿ porqué nos repetis siempre la misma frase? Y él les dió esta respuesta, muy digna por cierto del Apóstol de la Caridad: « Porque es un precepto del Señor, y si lo observais, ésto basta¹. » Sí, hermanos míos, tengamos Caridad para con nuestro prójimo, amémonos los unos á los otros como hermanos, como miembros de una misma familia, que tiene por cabeza á Jesucristo... Huyamos del orgullo y vanidad que en-

1. S. Jerónimo, citado por el abate Darras, *Histoire de l'Eglise*, tomo 7º pág. 512.

gendran con tanta frecuencia odios y divisiones; que nuestras conversaciones sean dulces, llenas de indulgencia, de caridad y condescendencia para con las personas que nos rodean, que nuestro amor para con el prójimo sea dilatado, profundo y generoso. Obrando de esta suerte, testificarémos á Dios mismo el respeto que le debemos; le tributaremos el culto que le es grato; cumpliremos el nuevo mandamiento dado por el divino Salvador y merecerémos lograr un día la gloria del Paraíso, mansion de eterna Caridad, en la cual todos los elegidos no formarán mas que un sólo corazón y un alma sola... Asi sea.

DECIMA NONA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

DÉCIMA SEPTIMA INSTRUCCION.

VIRTUD DE SA RELIGION: CULTO EXTERIOR; 1º NECESIDAD;
2º SU UTILIDAD.

TEXTO. — *Dominum* Deum tuum adorabis et illi soli servies. Adorarás al Señor tu Dios y á Él solo servirás.

(MATTH. C. IV. VER. 10.)

EXORDIO. — Al comenzar, hermanos míos, estas instrucciones sobre el primer mandamiento de la Ley de Dios, os dije que nosotros debíamos á este nuestro soberano Dueño un doble culto, una doble adoracion, el culto interior y el exterior... Hemo ya visto que el culto interior consistía principalmente en las virtudes de la Fé, Esperanza y Caridad, por cuyo ejercicio ofrecemos á Dios el homenaje de nuestras facultades interiores... Es innecesario repetir que la Fé es la adoracion de nuestro espíritu, sometiéndose á Dios como á Verdad suprema; que por medio de la Esperanza nuestro cora-

zon le adora, como á soberanamente bueno, generoso y fiel en sus promesas... Os he explicado tambien con bastante extension que la Caridad consistía en el sacrificio de nuestra voluntad y de todo nuestro sér completo en obsequio de Dios, adorándole como á soberana hermosura y perfeccion infinita, amándole con todas nuestras fuerzas, amando todo lo que Él ama y detestando cuanto Él detesta...

Vamos ahora á explicar la virtud de la religion y á manifestar los actos, que la misma preceptua y los pecados que se la oponen. Y en primer lugar; ¿qué es la virtud de la religion?... Escuchad la respuesta del Catecismo. La religion es una virtud que nos mueve á tributar á Dios el honor y los homenajes que le son debidos ¹... ¿Habeis entendido bien?... Adoracion, alabanzas, acciones de gracias, oraciones, súplicas son otros tantos deberes que tenemos obligacion de cumplir para con Aquel, que es el Dueño supremo de todo el universo, que es nuestro Criador, nuestro Bienhechor, nuestro Padre, lleno de ternura y misericordia. Ved ahí, pues, los principales actos, que la virtud de la religion reclama de parte nuestra. Esta virtud se extiende todavía mas lejos: ella nos excita á tributar á la sagrada Humanidad de nuestro Salvador las adoraciones que á la misma son debidas; ella nos inclina además, á ofrecer á la Virgen santísima, á los ángeles y á los santos, que son los amigos íntimos de Dios, los honores legítimos que ellos merecen por este concepto... Todo lo que toca á Dios y á su culto divino: los sacramentos, los templos, los vasos sagrados, el sacerdocio, todo esto entra en el dominio de la virtud de la religion, la que nos conduce á rodear de respeto esas ceremonias, esos lugares, esos objetos, esas personas sagradas...

PROPOSICION. — Este vasto asunto nos suministrará materia para muchas instrucciones útiles é interesantes. Esta mañana me detendré en una sola palabra, que resume en cierto modo el conjunto de sentimientos, de homenajes, de ceremonias, mandadas por la virtud de la religion. Quiero, pues, tratar del culto que debemos

1. Sto. Tomás, 2. 2. q. 81, a. 2 y 7.

á Dios, y habiendo visto ya que el culto interior consistía principalmente en la Fé, Esperanza y Caridad; vamos hoy á decir algunas palabras sobre el culto exterior.

DIVISION. — *Primeramente*, pues, necesidad del culto exterior; *en segundo lugar*: su utilidad: dos pensamientos, sobre los que nos fijaremos por algunos momentos.

Primera parte. — Comencemos por decir, hermanos míos, en qué consiste el culto exterior. Todas las ceremonias exteriores que caen bajo nuestros sentidos, pertenecen al culto exterior... Los sacramentos, el santo sacrificio de la Misa, el canto de los salmos y de los himnos sagrados, las procesiones, las rogativas públicas, y otras cosas mas constituyen el culto exterior y visible, que debemos á Dios. Cuando os arrodillais para rezar vuestra oracion de mañana y noche; cuando haceis sobre vosotros la señal de la cruz, cuando levantais vuestras manos y vuestras miradas al cielo, cumplis otros tantos actos y signos del culto exterior. — Mas es preciso hacer una observacion importante, que conviene no olvidar nunca, y es, que el culto exterior por si solo es nada y que para ser meritorio y agradable á Dios, es indispensable que sea una verdadera manifestacion de los sentimientos de respeto, amor y reconocimiento, que anidan realmente en el fondo del corazon. — Creo que habeis entendido; os he dicho y repito, que sin el culto interior, sin la adoracion del alma ó del espíritu, el culto exterior, la adoracion del cuerpo es absolutamente nada; y á lo mas será una villanía, un acto de hipocresía... Una vez un enfermo, presa del delirio y de una fiebre ardiente, tenía sin cesar sus labios pegados á un crucifijo de plata que le habian presentado. Mas tarde, cuando fué curado, le felicitaban por la piedad que había demostrado. — No, de ninguna manera merezco vuestros cumplimientos, dijo él, mis labios estaban ardientes, el contacto del metal los refrescaba, ved ahí porque abrazaba la imágen de Jesucristo; pero yo no pensaba absolutamente en Él y ninguna intencion tenía entonces de adorar á este augusto Salvador... Así es, hermanos carísimos, que el culto exterior, si no es la expresion de un sentimiento interior, es nada y ningun mérito tiene ante Dios.

Plantearémos, pues, la cuestion de esta manera... ¿ Estamos obligados á manifestar en una forma exterior los sentimientos de fé, de esperanza y de caridad, de piedad y veneracion, que viven en nuestros corazones?... Si, hermanos míos, es para nosotros una obligacion rigurosa el manifestarlos y tributar de esta manera á Dios un culto exterior. « Yo, decia un impío, llamado Juan Jacobo Roussau, cuando ruego, no me pongo de rodillas; pobres hombres, criaturas ignorantes, ¿ á que prosternaros ante el sér supremo? ¿ acaso no soys bastante pequeños ante su acatamiento?... » Sofista orgulloso, ya entiendo porque no te arrodillabas, como que nunca hacias oracion... Por esto abandonado este impío de Dios y de los hombres, puso fin por sí mismo y con un cobarde suicidio á su indigna existencia.

Para demostrar la necesidad del culto exterior, bastaría echar una simple ojeada en nuestros libros santos. Pocos años habían trascurrido desde la creacion, cuando vemos á Abel y Cain ofreciendo sacrificios. Preguntad á Noé? porqué, al salir del arca, la primera cosa que hace, es inmolar victimas al Dios que le ha salvado del diluvio? Y os contestará, que lo hace para tributar al Altísimo el culto exterior que Él exige de nosotros. Y vos, patriarca Abraham, digno padre de los creyentes, tambien os postrais de faz en tierra y haceis correr sobre los altares la sangre de las victimas sacrificadas, á fin de reconocer el poder soberano del Dios, que os ha escogido para ser raiz del Mesías y padre de una posteridad numerosa.

El mismo Dios en la Ley que dió á los Judíos, prescribe los sacrificios los ritos, las ceremonias exteriores, que deben constituir el culto, que reclama de nosotros... Y Jesucristo, al instituir en la ley nueva los sacramentos, á manera de canales divinos, por cuyo conducto queria comunicarnos sus méritos y sus gracias, ¿ no ha demostrado de una manera bien evidente la necesidad de un culto exterior?... En la noche del Jueves santo, pocas horas antes de su pasion, nuestro divino, Salvador instituyó la sagrada Eucaristia, y celebró en cierto modo la primera Misa que tuvo lugar en la tierra, Despues de haber pronunciado aquellas palabras todopo-

derosas, que convirtieron el pan y vino en su propio cuerpo y sangre, añadió : *Haced esto en memoria de Mi.* Como si hubiese dicho á los apóstoles, obispos y sacerdotes que debían sucederle : « Ofreced este mismo sacrificio, celebrad este mismo misterio. Y de hecho, cada día suben al altar millares de sacerdotes, y, como sabeis, el augusto sacrificio de la Misa se ofrece no solamente en nuestros paises católicos, sino que tambien en las islas mas salvajes y en las regiones mas remotas é ignoradas. Decidme pues; al instituir nuestro divino Redentor el santo sacrificio de la Misa, ¿ no quiso enseñarnos la necesidad de un culto exterior y público ?

La misma razon prueba, hermanos carisimos, esta necesidad. Nuestra alma está de tal manera unida á nuestro cuerpo, que le es como imposible no manifestar afuera los sentimientos que la dominan. ¿ Qué hombre verdaderamente compasivo no da pruebas exteriores de compasion hacia los desgraciados?... ¿ Qué hijo hay tierno y respetuoso, que no dé á sus padres muestras de su cariño?... ¿ Y se tendrá la pretension de que los sentimientos religiosos, que viven en nuestros corazones, han de ser sinceros, sin manifestarse de modo alguno afuera?... ¡ Imposible !... ¿ Cómo podría adorar interiormente á Dios, como á mi Criador y amar á Jesucristo como á mi Salvador y Redentor; y no manifestar exteriormente por medio de oraciones, acciones de gracias y testimonios de respeto estos sentimientos, que forman el gozo y la alegría de mi alma?... Imposible es esto, repito... Y estad ciertos de que aquellos, que no dan á Dios ninguna muestra exterior de veneracion y amor, tampoco se le dan en el fondo de sus corazones; por lo menos son esos tales unos culpables indiferentes, por no decir con mas verdad, que son unos verdaderos impíos.

Segunda parte. — Por lo demás, hermanos míos, al mandarnos Dios ofrecerle sacrificios y tributarle un culto exterior, pretendía sin duda en su misericordia y amor hacernos en cierto modo mas fácil el culto interior que le debemos. Nada hay, en efecto, de mas eficaz para desarrollar en nosotros la Fé, la Esperanza, la Caridad y piedad, que estas bellas ceremonias religiosas, con que tributamos á Dios supremo de una manera pública y exterior el

culto que le es debido. Citemos no mas que algunas de estas ceremonias.

Estamos al principio de la cuaresma ; van á abrirse los días de penitencia... ¿ Qué os recuerda, decidme, esta imposición de la ceniza y las solemnes palabras, que la acompañan? *Acuérdate que eres polvo y te has de convertir en polvo.* ¡ Qué documento ! ¡ Cuán bien nos hace comprender lo que serémos dentro poco !... Es verdad que no lo ignoramos, pero es bueno que esta verdad nos sea recordada... Pasemos al Viernes santo. ¿ No os parece que la tierna ceremonia de la adoración de la Cruz graba en cierto modo mas profundamente en nuestra alma la memoria de la Pasión del Salvador?... Todos sabemos, todos creemos, que Jesucristo ha muerto por nosotros ; mas esos besos impresos á su imágen el mismo día, en que Él espiró en la cruz por redimirnos, ¿ no son una muestra de afecto, un signo de respeto, que conmueve nuestros corazones y por decirlo así, nos hace comprender mejor lo que ha sufrido por nosotros el angusto Redentor de nuestras almas ?...

Asi mismo podría recorrer con vosotros cada una de nuestras cristianas fiestas. La noche de Navidad con el pesebre, cuna humilde del Hijo de Dios hecho hombre ; la fiesta de Pascua, con sus *Aleluyas*, sus cánticos de resurrección y triunfo. Podría igualmente hablaros de la fiesta del *Corpus* ; mostraros la solemne procesión del Santísimo Sacramento ; á Jesús, el Dios de la Eucaristía, recorriendo las calles de nuestro humilde pueblo, y viniendo como un amigo, como un protector lleno de bondad á reposarse por un instante en medio de las flores sobre el altar de verdor, que manos devotas le han improvisado... Y si yo preguntara aun al menos devoto de entre vosotros y al menos religioso de esta parroquia : ¿ Verías con gusto que fuesen suprimidas nuestras bellas solemnidades cristianas?... Estoy seguro que el tal, á no ser un bruto ó impío rematado, me contestaría : No, pues me gustan esas hermosas fiestas y me regocijo del repique de las campanas que las anuncian.

Además, hermanos carísimos, para haceros comprender mejor todavía la utilidad del culto exterior, permitidme citaros una de las ma-

tiernas ceremonias que, estoy persuadido, produce siempre en vuestros corazones las mas santas, dulces y saludables emociones... Quiero hablar de la primera comunión. ¿ No oís como las campanas, echadas al vuelo desde la mañana, esparcen por los aires sus mas festivos repiqueteos?... Ved como toda la parroquia se pone de fiesta, y no sé que atmósfera de celeste regocijo y de piadosos recuerdos invade y penetra todas las familias... ¿ De qué se trata ? ¿ Qué novedad ocurre?... Algunos niños y niñas, que tal vez ni son de vuestra casa, van á acercarse por primera vez á la sagrada Mesa... Ahí está todo... Sí, todo se reduce á eso... Y sin embargo, ¡ toda la parroquia está de fiesta ! ; Ah ¡ es que este día nos recordará el día, en que nosotros hicimos tambien nuestra primera comunión ; tierna ceremonia que no se olvida nunca. En día semejante vosotros acudís en mayor número á la Iglesia, seguís con ojo atento y con el corazón ansioso á esos niños devotos y recogidos, á esas niñas, vestidas de blanco ; ninguno de sus movimientos se os escapa. Os sentís llenos de amor para con todos ; en muchos de entre vosotros el recuerdo de este hermoso día hace saltar no pocas veces dulces lágrimas, y salís de la Iglesia edificados y quizás mucho mejores de lo que habíais entrado... ¿ No veis, pues, cuán provechoso es el culto exterior ?

Una vez, hermanos carísimos, fué en 1793, llegaron los impíos á hacerse dueños absolutos de la Francia. Inspirados por Satanás, trataron de acabar con la religión y de exterminar de las almas la Fé, la Esperanza y la Caridad : ¿ Y sabéis qué imaginaron, para realizar su nefando propósito ? Pues suprimieron el Domingo, las fiestas, las ceremonias religiosas y todo culto exterior. ¡ Cuán triste fué eso ! Nuestros abuelos nos lo contaban y lloraban, al contárnoslo... Ya no mas procesiones, ni misas, ni catecismo, ni primeras comuniones. Los sacerdotes eran proscritos ; las campanas permanecían mudas y silenciosas en el seno de nuestros campanarios ; las iglesias eran cerradas ; nadie podía penetrar bajo sus bóvedas desiertas y solitarias ; el eco de los cantos sagrados ya no resonaba en nuestros santuarios profanados ; la lámpara era apagada, et tabernáculo vacío, Jesús no vivía allí. Aquellos días

de angustia é impiedad duraron poco, aunque demasiado ; pues si Dios no los hubiese abreviado, habríase acabado la religion en nuestra Francia. Tan cierto es que el culto exterior es útil y hasta indispensable para la conservacion de los sentimientos de respeto y veneracion interior que debemos tener para con Dios, nuestro Criador y nuestro soberano Dueño.

PERORACION. — ; Cuántas cosas, hermanos carísimos tendria todavía que deciros sobre el culto exterior que debemos á Dios !... Permitidme solamente deciros, al terminar, que él consagra las épocas mas importantes de nuestra vida... Apenas venido á la luz del mundo se os llevó á la iglesia, en donde os fué administrado el santo Bautismo con ceremonias exteriores y sensibles, siendo tal su eficacia, que vuestra alma salió santa y quedó purificada de la mancha original... Mas tarde, el sacramento del Matrimonio vino á santificar vuestra unión, y esto fué tambien un acto de culto exterior, porque enlazando la mano con la mano y pronunciando con voz clara y distinta. *Si, padre*, os unisteis de una manera indisoluble y perpetua ; enseguida se celebró sobre el altar santo el incruento sacrificio de la Misa, para atraer sobre vosotros las bendiciones del Señor... Ya no hablaré de los funerales, ni de las significativas ceremonias que los acompañan ; las aspersiones de agua bendita, las incensaciones, los cantos fúnebres, llenos empero de esperanza que la Iglesia repite cerca del féretro de sus hijos ; pues todas esas cosas son actos del culto exterior. Amemos, pues, de todo corazon todas estas hermosas ceremonias, y ofrezcamos á Dios el doble tributo de nuestros homenajes interiores y exteriores. ¡ Ojalá merezcamos resucitar un dia para la gloria, á fin de que nuestros cuerpos y almas le alaben, le bendigan y glorifiquen por toda la eternidad !... Asi sea...

VIGÉSIMA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

INSTRUCCION DÉCIMA OCTAVA.

VIRTUD DE LA RELIGION : EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA ES EL ACTO DE RELIGION POR EXCELENCIA.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies.* Adorarás al Señor tu Dios y á El solo servirás.

(LUCÆ, c. IV. v. 8.)

EXORDIO. — Hermanos carísimos, la virtud de Religion que, como os decíamos el Domingo último, consiste en tributar á Dios los honores y homenajes que le son debidos, encierra un gran número de deberes... Y esto se comprende, pues Dios no solamente posee perfecciones infinitas, sino que además, ¿ no es para nosotros el mejor de los padres y el mas generoso bienhechor?... O Dueño Soberano, Criador y Conservador nuestro, rey de las almas como de los cuerpos, ¿ cómo podríamos nosotros, flacas criaturas, tributaros los honores y homenajes que os son debidos, cuando los ángeles, los bienaventurados, la misma augusta Virgen María son incapaces de celebrar dignamente vuestras grandezas?... Mi alma, deslumbrada y como anonadada por los rayos de Vuestra Magestad sublime, diría de buena gana ; ¡ Un silencio respetuoso es el mas digno homenaje que podemos tributaros, porque vos estais muy por encima de toda alabanza ¹ !...

Sin embargo, hermanos míos, este supremo Señor que nos ha dado un alma, formada á su imágen y semejanza, quiere que, impotentes como somos para honrarle dignamente, le paguemos, empero, un tributo de veneracion y amor. Alabanzas por sus infi-

1. Ecclis. XLIII, 33.